

LAS JOYAS NATURALES. PEDRO CANO EN ESTADO DE GRACIA

PASCUAL GARCÍA

A Pedro López Morales, cuya pasión por el arte, en general, y por Pedro Cano, en particular, ha propiciado estas palabras.

Resumen:

Los ojos de Pedro Serna son puro sentimiento, pues todos los cielos, todas las aguas y todos los contornos humanos de sus acuarelas llevan la impronta cordial de un artista grande, que permite a sus criaturas aparecer en la nada de las cartulinas y permanecer en ella para siempre. Si tuviésemos que definir ese sentimiento, sería el de una cordialidad serena, sabia sin duda y tan elemental en la superficie como insondable en el fondo.

Palabras claves: Luz, delicadeza, misterio, vida, sentimiento, arte

Abstract:

It's worth to highlight the brilliance of his work, justified in meticulousness, in the calm with each stroke of the brush is showing the picture, combining the subtle skill of a hand which draws in an extraordinary way with the culture of a man who has lived in Greece or Italy, among many other places, and he has related to land and men, in the same manner as he has done his place of birth, Blanca. Pedro Cano is in state of grace, as a creative who sets himself a sublime task must be always.

Key words: Pedro Cano, Creative, Grace, Jewelry, Man, Land, Light

Tiene uno la sensación cuando llega a Blanca de que huele el aire a jardines árabes y a patios recoletos, donde florecen los jazmines y los dondiegos y se esponjan coquetos los pequeños granados.

Más abajo me han indicado el camino; de manera que enfilo la calle Castillo, me dejo la Peña Negra a la derecha y, en las Cuatro Esquinas, tuerzo a la izquierda hasta el viejo corral de Pedro Antonio el Manchego, que hoy es el estudio de uno de los más grandes pintores murcianos. Mientras tanto, pienso en el carácter que imprimen estos callejones empinados, la austeridad de las casas, encabalgadas las unas en las otras, bien cuidadas, sin embargo, como el pavimento de las calles. Al fin, llamo a la puerta antigua de madera y me recibe un hombre alto, elegante y de formas exquisitas. En el interior del estudio destaca un cuadro de buenas proporciones, que pertenece a la última exposición, todavía en fase de trabajo, y una acuarela que sigue retocando, cuando nos aposentamos junto a él. Son limones, que ha pintado del natural, de la rama de un limonero ya seca, a la que el pintor le ha insuflado una vida nueva. Suenan las campanas de San Juan Evangelista y el hombre alto, que se llama Pedro Cano, me habla de pintura con la naturalidad y la placidez con la que realiza, acaso, todas las cosas en su vida. A pesar de sus sesenta y siete años, este hombre es joven, porque observa el mundo con la avidez del que ha encontrado el camino hacia el misterio de las cosas y porque disfruta con su trabajo y yo diría, incluso, que no le desagrada mi presencia en esta tarde cálida de septiembre.

Ahora entiendo la brillantez de su obra, fundada en la meticulosidad, en la calma con que pincelada tras pincelada va dando cuenta de este último cuadro, como ha hecho desde siempre, aunando la fina artesanía de una mano que dibuja extraordinariamente bien con la cultura del hombre que ha residido en Grecia o en Italia, entre otros muchos lugares, y se ha ligado a la tierra y a los hombres, del mismo modo que ha hecho con su lugar de nacimiento, este pueblo en el que ya es toda una figura y donde existe una fundación con su nombre. Pedro Cano se halla en estado de gracia, como debe estarlo siempre un creador que se impone una tarea sublime.

De repente se levanta y va mostrándonos alguno de los últimos cuadros de la exposición que lleva por nombre *Pompeya* y que muy pronto veremos en Murcia. Me sorprende, de nuevo, como lo ha hecho tantas veces el creador de realidades paralelas, que cimenta la base de su pintura en una portentosa imaginación, en una vasta cultura y en una ejecución deslumbrante. Eso y mucho más es *Pompeya*.

Como Antonio Machado, cuya obra, a buen seguro, aprecia, también la infancia de Pedro Cano es la imagen de un patio, o de un huerto, donde madura el limonero claro, pero en la obra del creador de Blanca todo es más complejo de lo que a simple vista parece, pues, aunque su paleta, su inspiración y su espíritu son de ori-

gen mediterráneo, y abundan en sus telas las frutas, los bodegones y un paisaje muy concreto, ese que se extiende entre Blanca y el pueblecito de Anguillara, en Roma: *Y estamos en Anguillara (Roma) como podríamos estar respirando en Blanca*,¹ escribe Pedro López Morales, tan semejantes en el fondo y en la forma, arraigados en lo más profundo de la cultura latina, pero tan nuestro al mismo tiempo, no resulta extraña su vocación humanista y su preocupación por los más débiles, por los desprotegidos del mundo y que él tan bien recoge en *Identidad en tránsito*, por ejemplo, una exposición basada en el desembarco de albaneses en la ciudad de Bari en 2003. *En Anguillara encontré algo de lo que dejé en Blanca, y por otra parte he reconstruido en Blanca esencias que he aprendido y encontrado en Anguillara*,² le ha dejado dicho en una entrevista a Pedro López Morales.

Lo clásico, lo realista y lo imaginario se alían en una obra excepcional, cuya primera virtud es la brillantez de una pincelada que impregna de magia cuanto pasa al lienzo o al papel. De hecho, al espectador le da la impresión, en ocasiones, de que el creador se empeña en una suntuosidad insólita con la que a veces transforma los frutos de la naturaleza en verdaderas joyas de la tierra. Higos, lirios, granadas, jazmines o rosas esplenden su propia luz mágica e iluminan el cuadro con un enigma casi sobrenatural, del mismo modo que las figuras espectrales, apenas transparentes, de *Identidad en tránsito* se diluyen en la luz difuminada de la obra.

Al fin y al cabo, Pedro Cano traspasa lo real para alcanzar su corazón misterioso en una atmósfera surrealista y onírica de esfumatos y transparencias; de ahí que destaquen el aire y los fondos de cada una de sus obras, en una suerte de embriaguez pictórica, ponderada, que se mueve entre las formas clásicas más puras y un inapelable barroco de adscripción sureña, cuyo ensamble provoca en el espectador un sentimiento de belleza y desasosiego difícilmente explicable. La consecuencia de todo esto es el logro de un ambiente lírico, donde confluyen la embriaguez del color, la perfección expresiva de los objetos y los seres humanos y una clara tendencia al clasicismo arquitectónico en la representación urbana de Roma, sin olvidar una obvia vocación universalista, ajena a los signos falsamente regionales o de índole local. Blanca y Anguillara no pertenecen solo a unas coordenadas espaciales concretas, sino que son, sobre todo, parte de una memoria histórica, cultural y sentimental, con la que el creador las evoca en sus obras sin desdeñar los detalles de un realismo espectacular, con el que el pintor también concita las imágenes surreales u oníricas de territorios interiores, como *Las ciudades invisibles*.

Todos los colores están en su paleta, sobre todo los que proceden de la naturaleza, los de la huerta y el río de su Blanca natal, pero tal vez destaque el dorado de

¹ Pedro López Morales, *Pedro Cano, pintor*, "En casa de..." *La Verdad*, Murcia, 9-VIII-1998, p. 12.

² Pedro López Morales, *Pedro Cano, pintor*, "En casa de..." *La Verdad*, Murcia, 9-VIII-1998, p. 12.

los limones, que con tanta fortuna representa en diversos cuadros y que en virtud de una alquimia singular transforma en ese oro tan significativo de muchas de sus obras hasta convertirse en uno de los tonos que mejor lo identifican, como creador levantino, luminoso e iluminado, de una portentosa capacidad inventiva, dotado de la gracia divina de los colores y preparado para crear la vida, nuevamente, a su paso.

Lo natural, lo clásico, pero también lo culturalista, los libresco; la tradición y la modernidad se alían en su proceso creativo y dirigen su mirada y sus manos para exhumar realidades y símbolos, atmósferas y cifras de un universo antiguo y nuevo, a la vez. Pero, además de todo esto, Pedro Cano penetra en el enigma del hombre, como un individuo arrojado a un mundo injusto, que termina por convertirlo en un ser anónimo, en un individuo desdibujado y sin una identidad clara y concreta, como en la exposición inspirada en el desembarco de ciudadanos albaneses en el puerto italiano de Bari y la difícil supervivencia de los inmigrantes en el mundo occidental. A propósito de esta última serie, Pedro López Morales, en una entrevista para la revista *Joyce* le pregunta acerca de su compromiso social: *¿Pintor comprometido? Ya me gustaría serlo más. Junto al empeño y la pasión que puse, de los pinceles brotaban "caligrafías" con mensajes que emite mi memoria, al margen de cualquier denuncia.*³ En realidad se trata, más bien, de un patente compromiso estético y humano por la belleza y el misterio del individuo, que, en ocasiones, parece despojado de cualquier materia que no sea una delgada sombra, de espaldas y sin rostro, que va hacia alguna parte sin rumbo fijo. El hecho de que estas figuras estén vinculadas con aquel suceso no es más que un pretexto para volver sobre la figura humana y señalar su condición casi ingrátida, de una delicadeza anímica que en apariencia lo va anulando sobre el papel.

Ahora bien, el universo todo del creador Pedro Cano obedece, en alguna medida, a unos parámetros estéticos, que proceden de un interior pictórico y de una pupila nacida entre los colores y los tonos de una tierra muy concreta. Sean cuales fueren los asuntos que llenan sus obras, la luz marca el sello personalísimo de este pintor delicado y exigente. Él mismo, en una entrevista concedida a Pedro López Morales puntualiza: *A los pueblos mediterráneos nos une la cultura del aceite, y el aceite es el principio de la luz.*⁴ Tal vez sea ésta la mejor definición del carácter especialmente lumínico de su obra, que no solo lo singulariza, sino que lo aparta del resto de sus contemporáneos. Es cierto que el numen es sureño y mediterráneo, pero con esto no basta para nombrar el prodigio que sus cuadros provocan en el espectador, esa veladura mágica con que se revisten las figuras anónimas de *Identidad en tránsito* o el esplendor de las frutas y las flores o el misterio con que envuelve la ciudades imposibles que describió Marco Polo al Kublai Kan: *Lugares del encuen-*

³ Pedro López Morales, *Identidades en tránsito*, *Joyce*, n° 134, octubre 2008.

⁴ Pedro López Morales, *Pedro Cano*, en *Joyce*, n° 122, junio 2007, p.62.

*tro de lo material y de lo imaginario y poético, las ciudades, cualquiera de ellas, estarán ya para siempre marcadas por los viajeros que les dan forma.*⁵

Ese proceso de sublimación que es connatural al arte, porque en él reside su cometido primordial, esa idealización de lo real reside en un procedimiento poético mediante el cual la vida se transmuta en el lienzo o en el papel, no como la contemplamos de una forma habitual, sino como el pintor la imagina, la siente o la padece, como el mago de los colores y de la luz la transmite al resto de los mortales en un acto tan generoso como el de la creación del mundo. Existen a través del que las relata y describe, del que las dibuja, del que las pasa al papel, de todos aquellos que a través de la palabra o de la representación de cualquier clase, las hacen materia de sueños y leyendas, apunta Mercedes Monmany en relación a las ciudades imaginadas por el viajero italiano, aunque bien valdría para el resto de la obra de Pedro Cano, que nosotros disfrutamos como un producto de su inteligencia y de su sensibilidad.

Reinventar lo ya existente es el trabajo del que imagina otros mundos partiendo de éste, de lecturas, de viajes o de la memoria. El pintor de Blanca extrae de la luz y de las sombras la otra luz, la del conocimiento y la del arte con esa naturalidad del que habita un territorio diferente al nuestro, pero del que no se encuentra totalmente ajeno, porque siente como suyos los grandes problemas del espacio que lo rodea y del hombre con quien convive. Ni siquiera el hecho terrible de la inmigración lo aparta de sus originales presupuestos estéticos, la emoción del drama o la tragedia de los otros. De ahí que se enfrente al suceso de Bari con la conciencia conturbada, pero con el espíritu inalterable de un artista: *Los enseñé a un amigo periodista que volvía de los Balcanes y que se brindó a conseguirme un permiso especial para ir a Bosnia, donde podría continuar con el diario de dolor que había comenzado en Bari.*⁶

No hay en esa serie, en especial comprometida, nada que se aparte del todo del ámbito pictórico, de la paleta habitual y de la sensibilidad acostumbrada del pintor Pedro Cano, porque a través de esa sensación mística, lograda a base de sfumatos, transparencias, colores de una brillantez soberbia y una pericia espectacular en el dibujo, el espectador vislumbra la forma del espíritu como se descubre un enigma, la terrible soledad del ser humano, el desarraigo de almas a la deriva antes de hombres de carne y hueso, figuras sin rostro y sin identidad, que somos, no obstante, todos y que a todos nos atañen. He aquí el prodigio. Pedro Cano pinta el espíritu y nosotros vemos la materia o, a la inversa, se afana en la sustancia de las cosas y de los hombres y a nosotros nos deslumbra su intensidad, su espectro, el alma misma, que nos devuelve el cuadro como si tal cosa, porque en el espacio y en el tiempo del pintor de Blanca también habitan el espíritu y el fuego que a todos nos consume.

⁵ Mercedes Monmany, *Frágiles como granos de arena*.

⁶ Pedro López Morales, *Identidades en tránsito*, Joyce, nº 134, octubre 2008.

Acaso esa luz particular, que tantos críticos le han señalado como una de sus grandes virtudes, proceda del corazón licuescente que hierve en el interior de su mirada, como nos estremece a nosotros esa velada sutileza que recubre algunas de sus obras y que es sueño, deseo y misterio: *Establezco un ejercicio entre el espectador y la obra: el cuadro hace el efecto de “espejo al revés” donde cada uno puede mirar y verse retratado.*⁷ O, tal vez, proceda de la luz natural del Valle de Ricote, que produce el reflejo del sol en su paisaje árido, en su piedra viva y lo lleve en la memoria de sus ojos desde la infancia como un rasgo peculiar de su personalidad que ha sabido trasladar a sus lienzos. Al cabo, su obra es la sombra de sí mismo o, en este caso, la luz interior que ha permanecido encendida desde sus primeros años, cuando sus hermanos le regalaron las primeras cajas de pintura y él daba cuenta de un primitivo fervor estético en los papeles de estraza, que se usaban para envolver el pescado.

Ya hemos dicho que Pedro Cano no es un pintor realista en el sentido banal de la palabra, aunque dibuje excelentemente, porque en su obra se asiste a una suerte de mística de lo cotidiano, en la que confluyen, en ocasiones, aspectos e creativos, incluso imaginarios y surrealistas, con preocupaciones de índole humana, que bordean la denuncia de lo injusto y plantean la crudeza de la existencia. Esta convivencia de la belleza y de la maldad, como elementos contrarios de la dialéctica platónica lo convierten en un creador más cercano y más refinado, a un tiempo; en una *rara avis*, que no olvida su origen ni desprecia el lujo de la cultura grecolatina, de las leyendas orientales y de la universalidad como principio ineludible desde el que debe partir siempre el creador, aunque aceptemos de antemano que una calle de Anguillara y otra de Blanca poseen bastante en común: no solo la luz y el clima, sino también el carácter de sus gentes y la historia que soportan: *En Anguillara encontré algo de lo que dejé en Blanca, y por otra parte he reconstruido en Blanca esencias que he aprendido y encontrado en Anguillara.*⁸

La esencia de las cosas, del paisaje y de las gentes constituye el objetivo fundamental de la obra del pintor murciano; de ahí que los viajes sean tan importantes; los viajes de personajes como Marco Polo o los del propio creador. De manera que Pedro López en una de sus muchas entrevistas afirma: *Los viajes, a lo largo de tantos años, han configurado su forma de entender la pintura.*⁹ Y, más adelante, en el mismo texto, el propio pintor aclara: *No solamente recojo las coordenadas del paisaje, de las gentes, de los objetos, de la luz, sino que deseo capturar la fluida inmediatez. Al transcurrir de los años, revisando los cuadernos y las agendas me descubro un poco más a mí mismo.*¹⁰

⁷ Pedro López Morales, *Identidades en tránsito*, *Joyce*, nº 134, octubre 2008.

⁸ Pedro López Morales, *Pedro Cano, pintor*, “En casa de...” *La Verdad*, Murcia, 9-VIII-1998, p. 12.

⁹ Pedro López Morales, *Pedro Cano*, en *Joyce*, nº 122, junio 2007, p.62.

¹⁰ Pedro López Morales, *Pedro Cano*, en *Joyce*, nº 122, junio 2007, p.62.

La búsqueda de sí mismo podría ser también el objeto del viaje, no solo el encuentro con los otros, la necesidad de habitar el mundo y de pertenecer a un planeta entero, de ser ciudadano universal y, sin embargo, seguir en Blanca que es, en algunos casos, Anguillara, o en Anguillara que, muchas veces es también Blanca, de vivir en el siglo XX y en el siglo XXI y volver a la Antigüedad, al Neoclasicismo o al Barroco, a la Roma imperial o a la España luminosa de los frutos en agraz, que recogen todo el brillo del verano y son un lujo de la tierra. Esas joyas naturales, que el pintor recrea con el oro de la memoria tan amorosamente como un pedazo de su propia vida. Aunque la clave de todo eso no la tiene nadie, sino él mismo, en lo más recóndito de su retina y de sus pinceles, en la mirada perpleja de un artista íntegro: *Mis cuadros quieren decir algo de lo que ya sucedió, se refieren a hechos que pertenecen al pasado*, apunta Pedro Cano en una entrevista.¹¹

Abundan en la rica paleta del pintor los dorados, los ocre, los azules y los verdes, porque todos ellos existen en la naturaleza, en las numerosas ciudades que ha visitado, pero es frecuente en su obra que aparezcan difuminados, a la usanza de los pintores antiguos, con ese esfumato clásico con el que encara los cuerpos, los edificios y los frutos de la tierra hasta extraer de ellos la magia, el alma misma y transformar lo cotidiano en un lujo de lo real, quizás, porque el creador tiene el cometido de trascender lo aparente y elevarlo.

Seguramente Pedro Cano se sitúa en sus cuadros, como apunta de forma magnífica Francisco Jarauta *entre el deseo y la memoria*, en ese territorio inubicable y casi utópico, en el que suelen aposentarse los creadores y desde el que miran un mundo diferente, renovado, sin duda. El ámbito del pintor de Blanca es un lugar de libros legendarios, territorios imposibles, seres desvalidos y reales y lugares entrañables, en el que el genio de su mano y su cerebro obra el milagro poderoso de erigir tiempos y lugares inéditos, figuras entrevistas, y frutas como joyas sublimes.

En realidad, solo es la manifestación de un alma sofisticada, aristocrática y de un talento natural que recrea, de nuevo, los enigmas de la vida y nos los entrega como un regalo único.

Me despido con el inicio del atardecer y salgo del Corral de Pedro Antonio el Manchego, que ahora es el estudio de Pedro Cano en Blanca, por la misma puerta por la que he entrado hace un par de horas, hacia una calleja estrecha y tortuosa pero de una evidente belleza evocadora, aunque llevo en la memoria de mis ojos el brillo del genio de un hombre amable, la grandeza de un creador fabuloso y la verdad de un espíritu exquisito.

¹¹ Pedro López Morales, *Provocador de emociones, La Opinión*, Murcia, 16-V-2011, p. 44.







